

La primavera siempre vuelve

Sobre *Haikus criollos y otros formatos para no perder la primavera*, de Mariana Baranchuk



Gabriel D. Lerman

La palabra sobrevive al tiempo porque queda escrita, porque fue escuchada, y entonces hay que escribir, hay que hablar. No podemos privarnos del sujeto y del predicado, del sustantivo y del verbo. A veces descomponemos la oración para jugar, y entonces la pérdida de sentido amenaza la realidad. Pero el juego del lenguaje, de pronto, es la puerta que abre el camino a la verdad. Hay cosas que no pueden ser dichas si no es por medio de la oración rota, del fragmento, del intersticio. ¿Es un poema un ejercicio de lógica gramatical? Claro que lo es, porque no hay modo de escribir un buen poema si antes no hay un dominio, como mínimo expresivo, pero sobre todo técnico, del lenguaje.

Mariana Baranchuk conoce el menester como una jugadora experimentada. Entra y sale del poema, de la palabra como ciencia y como sangre, con la gracia y la inteligencia, con la hondura y el corte de la que conoce el terreno y la señalización. A esa base descomunal, fruto de una vida y de una perspectiva artística y cultural, Baranchuk le agrega una forma particular: el haiku. Un personaje lo definirá por ahí de este modo: “Poema japonés de tres versos sin rima, que suman diecisiete sílabas”. ¿Cómo es posible que una escritora porteña, donde fluye un mestizaje que llega hasta la palabra judía –que está en el apellido– se expresa en una forma literaria japonesa? ¿Necesitaba Baranchuk una manera oriental para darle aire y vuelo, ilusión y preciosura, a sus palabras filosas como shuriken?

Tal vez la lejanía de ese sol naciente que amenaza en volver todo excesivamente extranjero en verdad es un truco para mirar desde afuera y zambullirse nuevamente al centro interior del problema. Por eso el

título del libro pega al término “Haikus” el adjetivo “criollos”, porque hay una información adicional que vuelve local inmediatamente lo que es enviado hacia afuera y lejos a la vez.

Por lo tanto, las aperturas a distintas fuentes, la genealogía de la palabra poética en Baranchuk es, a todas luces, de una universalidad impactante. Puede ser haiku y puede ser criolla, pero también puede ser mundo y, sobre todo, mujer. Mestiza, universal, mujer.

Baranchuk no es feminista en el límite de la reproducción de una agenda de reivindicaciones socioculturales sino en la pronunciación de su palabra-cuerpo, su desborde de mujer que encarna la palabra y la resuelve en una bocanada intensa, vital, oscura. Rompe el estereotipo e inventa una fantasmagoría propia, sincera y cruda. Pero además de experiencia y maestría en el recurso del lenguaje, por lo acotado y denso, y además también del vasto panorama artístico y cultural que trasunta –del cual dispone, derrocha y comparte–, Baranchuk trae en cada línea de su poesía un tercer elemento sin el cual las palabras perderían espesor y apoyatura: lo político. Porque Baranchuk escribe del amor, de la música, del tedio, del lenguaje en sí mismo, del dolor y deseo, con un filtro o, quizás, desde una base, donde hay una mirada política. Lo personal es político, la palabra es política, cada gesto es político, lo que brilla es político. ¿Hay algo que puede quedar por fuera de ese ámbito íntimo y a la vez colectivo, ese instante donde todo se cruza y pasa por el mismo ojal, que es la política? No la política de partidos, ni parlamentos, ni del espacio publicitario de turno. La política del respirar la vida como un entronque donde hay ausentes, perdedores, compromisos, héroes y preferencias. Donde no da lo mismo quién habla o qué dice, porque la verdad que resurge en cada verso es la irrupción de un dolor y un testimonio, una acusación y una advertencia, un dedo que señala e indica, que toca y acaricia. Y también hay una violencia latente, como en la comunión de una vida cruzada por encrucijadas y amenazas.

Algo pasó, dice la palabra de Baranchuk. No fue porque sí ni me importa un bledo, lamento decirte que hay una huella que sobrevive en alguna parte. En uno de sus poemas más sobresalientes, donde rompe el molde y la vidriera para subirse a esos textos políticos que cualquier doliente podría adoptar y hacer propios, Baranchuk dice: “Mejor matame a mí, estúpido. / Matame a mí, pero matame bien muerta. / ¿No ves? / Soy negra, soy cabeza. Soy judía y palestina. / Soy mujer. Soy traba. / Soy puta. Soy puto. / Mejor matame a mí idiota”. La poesía asume la potencia de la víctima que no puede más que romper el sometimiento y tomar la palabra en sus manos y a partir de allí continuar emancipada.

De alguna manera, en esa incisión teatral habla por nosotros. Si acaso el juego del lenguaje, el orientalismo, la síntesis, la densidad histórica, la excelencia, toda esa capacidad conquistada y advertida, le permite iluminar este rincón del mundo de esa manera, entonces la tarea está cumplida. Y se despide así: “¿No ves? / Si uno sólo se te escapa perdiste. / Porque a la larga pedazo de mierda, / a la larga triunfaremos”.



Haikus criollos y otros formatos para no perder la primavera. Mariana Baranchuk. Ilustración: Santiago Díaz Cortez. Linda y Fatal Ediciones. ISBN: 978-987-4096-10-4. 116 páginas, 2017